

INVITACIÓN A CREER

La utilidad de creer.

Agustín se dio cuenta muy pronto de la importancia que tiene la fe y el hecho de creer para descubrir la verdad y alcanzar la sabiduría. El libro *De la utilidad de creer* quiere ofrecer una pequeña vía para los que están decepcionados por otras doctrinas y quieren acercarse a la Iglesia católica, por lo que encontramos muchas e interesantes referencias biográficas agustinianas, que son como exposición y comunicación de la propia experiencia, para que despierten en el lector impulsos hacia Dios y para atraer la atención.

El camino de santidad es fundamentalmente un camino de gracia, donde Dios es el guía por excelencia. En el libro que tenemos entre manos, Agustín reconoce que el camino más sencillo para alcanzar a Dios es el de la fe, el acto de creer, como paso previo para llegar a entender, aunque también resalta las capacidades del hombre, ya que Agustín nunca excluye la razonabilidad del acto de creer y el hecho de que las verdades de la fe puedan entenderse. El creer no es un acto al margen de la vida del creyente, sino que implica reconocer que es un don y debe de ser pedido: “Por lo cual, aunque no estoy en condiciones de poderte instruir, sin embargo, insisto en aconsejarte que, puesto que son muchos los que desean ser tenidos por sabios y no es fácil conocer si lo son, pidas a Dios con toda atención, con toda el alma, con gemidos y, si fuera posible, con lágrimas, que te libre de mal tan grande como es el error, si es que tienes en verdadera estima la vida feliz” (*La utilidad de creer* 15, 33). El creer tiene muchas incidencias en la vida, es decir, ha de reflejarse en un estilo particular de vida, en una jerarquización de prioridades, en un nuevo ordo amoris: “Es ésta la autoridad más saludable, créeme, la que sostiene nuestro espíritu por encima de su morada terrena, la que hace cambiar el amor de este mundo por el amor a Dios verdadero; la única que estimula al caminante a marchar rápidamente hacia la sabiduría” (*La utilidad de creer* 16, 34).

Ya al principio podemos leer, resaltando la utilidad de creer y su conveniencia: “Es un acto de temeridad sacrílega por parte de los maniqueos los ataques que dirigen contra los que se someten a la autoridad de la fe y con ella se previenen y preparan para recibir más tarde la luz que Dios les envía, sin haber antes aprehendido la verdad que sólo es asequible a las almas puras” (*La utilidad de creer* 1, 2). Aquí encontramos una síntesis del libro, nos presenta el beneficio de creer y los bienes que se derivan del acto de fe.

La búsqueda de la fe de Agustín.

Para decirnos que es conveniente creer, Agustín hace en el libro un relato biográfico, en este libro encontramos una reflexión sobre su propia vida en dos momentos particularmente significativos. En el número 20 donde vemos el itinerario seguido por él en su búsqueda de la verdadera religión y en el número 4, donde nos dice la situación que ahora está viviendo y reconoce que a pesar de haber ya encontrado ha de seguir buscando pues el misterio de Dios es infinito e inagotable. En el fondo Agustín está contando su experiencia e invita a Honorato y a todo lector a que revise sus disposiciones interiores: “Después de las cosas expuestas, tan bien fundadas que debo ganarte este pleito, por más reparos que tengas en contra, voy a tratar de descubrirete

cuál fue mi camino cuando andaba buscando la verdadera religión con las disposiciones que debe tener, según te dije antes, quien la busque” (La utilidad de creer 8, 20).

Evidentemente para vivir vida nueva se necesitan disposiciones nuevas, nuevas costumbres, nuevo tipo de vida, como le mostró su amigo Marciano antes de marcharse para Italia: “Ahora este día trae nueva vida, reclama otras costumbres” (Epístola 258, 2). En el libro se nos dan unas pinceladas de la situación de Agustín en ese momento, se hace algo así como una radiografía del alma, si por una parte estaba indeciso y confundido: “Cuando me separé de vosotros y atravesé el mar, andaba ya irresoluto y dudando de cuáles eran las cosas que debía retener y cuáles las que debería abandonar” (La utilidad de creer 8, 20), por otra estaba profundamente decepcionado con Fausto: “Esta irresolución mía aumentaba con los días desde aquel en que oí al hombre que, como si lo hubiera de enviar el cielo, lo esperábamos para que nos aclarara aquellas cuestiones que nos tenían llenos de confusión, y vi que era como los demás, si se exceptúa cierto grado de elocuencia que había en él” (La utilidad de creer 8, 20). Esto le hizo tomar la decisión de abandonar la secta, aunque de hecho no lo hizo efectivo en este momento porque no le parecía prudente, ya que no se sentía capaz de abrirse camino por sí sólo.

Siente que se había dejado embaucar y como una avecilla incauta se sintió engañado: “Hacían con nosotros lo que los astutos cazadores de pájaros: que ponen varetas enligadas al lado de las aguas para cazar a las avecillas sedientas. Y para que la sed las haga venir a sus trampas, ciegan o cubren de alguna manera las aguas de las inmediaciones, o se sirven incluso de artefactos que las asustan y ahuyentan de allí” (La utilidad de creer 1, 2). Ya en Italia reflexionó consigo mismo y empezó a clarificar su vida, lo que quiere fundamentalmente es encontrar el método para la búsqueda de la verdad con posibilidades: “Cuando ya me hallaba en Italia, reflexioné conmigo mismo y pensé, no en si continuaría en aquella secta, en la que estaba arrepentido de haber caído, sino en cuál sería el método para hallar la verdad, cuyo amor, tú lo sabes mejor que nadie, cuánto me hacía suspirar” (La utilidad de creer 8, 20). Resalta la necesidad de la ayuda de Dios para llegar a la verdad, aunque también las capacidades de la inteligencia humana: “Con frecuencia me parecía imposible encontrarla, y mis pensamientos vacilantes me llevaban a aprobar a los académicos. A veces, por el contrario, posando la consideración en la mente humana, su acuidad, su sagacidad, su perspicacia, me inclinaba a creer que lo que se nos ocultaba no era la verdad, sino el modo de dar con ella, y que ese modo debería venirnos de algún poder divino. Faltaba definir cuál era esa autoridad que nos prometen cuando están metidos en discusiones. Ante mí se abría una selva inextricable, y vacilaba y me faltaba decisión para penetrar en ella; mi alma se agitaba sin descanso en medio de todas estas cosas, con ansias de encontrar la verdad. Sin embargo, cada día me encontraba más lejos de aquéllos, que ya me había propuesto abandonar” (La utilidad de creer 8, 20).

A Honorato le dice cómo suplica a Dios con lágrimas: “y porque los ojos del alma están enfermos y llagados de aquellos errores de antes, confieso mi invalidez y mezclo mi oración con las lágrimas que brotan al recuerdo de mis pecados y de mis hábitos malos” (La utilidad de creer 2, 4). Señala la importancia que ha tenido en su vida Ambrosio y la manera de interpretar la Escritura, particularmente el Antiguo Testamento: “Entre tantas dificultades sólo me faltaba pedir con llanto penitente a la divina Providencia que me socorriera. Y lo hacía atentamente, y ya las disputas con el obispo de Milán me habían hecho tanta impresión, que casi estaba deseando, con cierta

esperanza, estudiar algunos de los pasajes de ese Antiguo Testamento, hacia los cuales teníamos aversión por lo que contra ellos nos habían dicho. Me había .decidido ya a continuar como catecúmeno en la Iglesia en que fui inscrito por mis padrea hasta tanto que diera con lo que andaba buscando. De haber habido alguien que me hubiera adoctrinado, en mí hubiera encontrado un discípulo muy a propósito y muy dócil entonces” (La utilidad de creer 8, 20). Por fin invita a Honorato a no dejarse arrastrar por cualquier doctrina y a tener buenas disposiciones: “Si Pues, tú te encuentras en este estado desde hace tiempo y sientes las mismas inquietudes en tu alma, si te parece que ya has sido traído y llevado bastante, si deseas que se acaben tantas fatigas, intérnate en la disciplina católica que brota en Cristo y que llega hasta nosotros pasando por los apóstoles, y desde nosotros pasará a la posteridad” (La utilidad de creer 8, 20).

Además de narrarnos el itinerario de fe, su propia historia, , nos habla también con detalle de las trampas y falsedades de los maniqueos. Ellos, y otros muchos de ayer y de hoy, engañan prometiendo llevar a la verdad por la sola razón, sin recurrir a autoridad alguna, aunque después exigen asentimiento a sus verdades: “porque, en lugar del terror supersticioso y de una fe irracional que se me imponía en aquélla, me ofrecían una fe libre, que seguiría a la discusión y esclarecimiento de la verdad. ¿A quién no iban a seducir estas promesas, y sobre todo si se trata de un espíritu joven, ansioso de verdad, altanero y charlatán a consecuencia de las disputas escolares con hombres doctos, como lo era yo; yo, que, cuando los encontré, despreciaba aquellas cosas como cuentos de senescentes, mientras ardía en deseos de poseer la verdad auténtica y clara, que ellos me prometían, y de abreviar en ella mi sed?” (La utilidad de creer 1, 2). Agustín invita a no dejarse engañar con falsas promesas dejando de lado el yugo de la fe, los argumentos que utilizan son pseudocientíficos, aunque sean fascinantes: “Es ridículo que todos pretendan estar en posesión de la verdad y que afirmen que la enseñan. Es innegable que todos los herejes lo pretenden, pero con la promesa de dar razón de los puntos más oscuros a quienes se dejan seducir; y con ellos acusan a la Iglesia católica porque exige a los que vienen a ella que crean, en tanto que ellos alardean de no imponer a nadie el yugo de la fe, sino que les descubren el hontanar de la ciencia. Si se te ocurre que es éste su mejor elogio, te engañas. No tienen razón ninguna para ello y lo hacen sólo para atraerse la masa con el espejuelo de la razón; en esta promesa se complace el alma humana, y, sin reparar en sus fuerzas ni en su estado de salud, desea para sí los alimentos que sólo sientan bien a los sanos y cae en engaños venenosos” (La utilidad de creer 9, 21).

De hecho, al final, exigen también fe y adhesión: “Ellos y nosotros hemos pensado que allí no había nada que mereciera fe, e inflamados por los discursos palabreros de sus adversarios y por las falsas promesas de razones, hemos llegado a creer mil fábulas extrañas” (La utilidad de creer 6, 13). Agustín insiste en la manera de hacer los maniqueos que exigen fe en sus libros, sin demostración alguna, de manera incoherente: “Mas si los escritos que se me presentan son nuevos y desconocidos, o si son escasos los que los recomiendan, sin razón ninguna demostrativa, no son los escritos a los que se cree, sino a quienes los aducen; por lo tanto, si esos escritos me los aducís vosotros, escasos en número y poco conocidos, no debo prestarles fe. Además, con ello procedéis en contra de lo que habéis prometido, porque exigís la fe en lugar de aducir razones” (La utilidad de creer 14, 31).

Contra la crítica a la autoridad Agustín presenta, por una parte, un argumento natural racional, en el que retrata el acto de fe y el asentimiento a una autoridad como

un acto que no es torpe, es decir, que se puede dar el asentimiento, como se da en la fe humana, que sustenta la vida social y la amistad: “Si admitimos que son cosas distintas el creer y el ser crédulos, se sigue que no hay mal ninguno en creer en la religión. ¿Qué pensaríamos si la fe y la credulidad fueran ambas defectuosas, como lo son la embriaguez y el acto de embriagarse? Quien tuviera esto por cierto, pienso que no podría tener amigo ninguno; porque si es una deshonra creer *en* algo, o incurre en torpeza quien cree en su amigo, o no entiendo cómo puede llamarse amigo a sí mismo o al otro, si es que no cree en él. A esto es posible que me repliques diciendo que en ocasiones hay cosas que tenemos que creer, y me pides que te aclare cómo puede no ser un defecto en materia religiosa creer antes de llegar a saber” (La utilidad de creer 10, 23). Además, dice Agustín, no hay que rechazar el acto de creer antes de entender, siendo fiel a su doctrina: “¿Era el artículo de una ley, el prestigio de los adversarios o la vulgaridad y mala fama de los iniciados, la novedad de la institución o el secreto en que se practicaba? No era nada de esto todas las leyes, divinas y humanas, autorizan la investigación de la fe católica; abrazarla y practicarla no va contra la ley humana” (La utilidad de creer 7, 18).

El contenido de la fe

Agustín presenta en este libro un resumen de los puntos esenciales que hay que creer. La fe y el acto de fe no sólo implican el asentimiento a una autoridad, sino también una serie de contenidos a los que hay que asentar: “Con verdadero acierto, la gravedad de la disciplina católica ha establecido que a los que llegan a la religión se les exija ante todo la fe” (La utilidad de creer 13, 29). Es verdad que el contenido de la fe que resalta Agustín en este libro tiene tintes apologeticos, es decir, va a resaltar las verdades de la Iglesia católica que rechazan los maniqueos o las que son mal interpretadas.

Creo en Dios Padre.

Con relación al Padre el contenido del credo en nuestro libro tiene cuatro artículos.

. Dios existe y ayuda a los hombres a creer. Como estamos hablando de religión la fe es exigida. Agustín a este respecto hace una serie innumerable de preguntas: “Ahora bien, como nuestro estudio tiene por objeto la religión, sólo Dios puede dar solución a esta enorme dificultad; por otra parte, de no creer en su existencia y en su eficiencia para ayudar a la mente humana, no debemos lógicamente buscar la religión verdadera. Pero ¿qué es lo que deseamos averiguar con tanto empeño? ¿Cuál el fin que perseguimos? ¿Adonde queremos llegar? ¿Es alguna cosa en cuya existencia no creemos y de la cual pensamos que no nos atañe en absoluto? Esta sería una idea perniciosa. No te atreverías a pedirme un favor o cometerías un acto de imprudencia pidiéndomelo, ¿y llegas a pedir el descubrimiento de la religión con la idea de que no existe Dios o de que a nosotros no nos preocupa su existencia? ¿Qué diríamos si se tratara de un asunto de tanta importancia, que su hallazgo quedara supeditado a la minuciosidad e intensidad de nuestras investigaciones? ¿Y qué si la invención, tan difícil de suyo fuera un excitante de la mente investigadora para comprender lo que acaba de encontrar?” (La utilidad de creer 14, 29).

. El hombre fue creado por la bondad de Dios y su omnipotencia: “Por consiguiente, si la razón o mis ruegos producen en ti alguna moción, y si sientes inquietud por ti mismo, desearía que me prestaras atención y que fiaras con fe piadosa, con esperanza alegre y con caridad sencilla en los buenos maestros del cristianismo católico. Y no dejes de rogar a Dios, porque por sola su bondad hemos sido hechos, a su justicia satisfacemos cuando sufrimos castigos y es su clemencia la que nos devuelve la libertad” (La utilidad de creer 18, 36).

. Dios no es autor del mal: “Porque ni es Dios autor del mal ni ha tenido que arrepentirse de ninguna de sus obras; no llegan a turbar su ánimo los acontecimientos desafortunados, ni su reino está adscrito a parcela ninguna de la tierra. No ordena ni aprueba ningún delito, no miente jamás. Estas y otras parecidas eran las cuestiones que no producían desasosiego: problemas que; envueltos en la violencia de sus ataques, nos eran presentados como la auténtica doctrina del Antiguo Testamento. Todo ello es falso en absoluto” (La utilidad de creer 18, 36).

. Dios no puede ser visto con estos ojos y es inmutable: “La Iglesia, por su parte, me enseñó otras muchas doctrinas, a las que ni aspirar pueden esos hombros desfallecidos en sus cuerpos y vulgares de espíritu, a saber: que Dios es incorpóreo, que no se le puede percibir por los sentidos, que lo mismo en su sustancia que en su naturaleza es inviolable e inmutable, ni es compuesto ni ha sido hecho” (La utilidad de creer 18, 36).

Creo en Dios Hijo.

Hablando de Dios Hijo, Agustín resalta en nuestro libro dos artículos:

. El Hijo de Dios es Dios y se ha encarnado para decirnos hasta dónde puede llegar la clemencia de Dios y hasta donde puede ser elevada la naturaleza humana: “Si era el hombre modelo que hay que imitar, pero sin poner en él la esperanza, ¿pudo la divina bondad mostrarse más liberal que dignándose tomar la pura, eterna, inmutable Sabiduría de Dios, a la que es necesario que estemos unidos, la forma de hombre, ofreciéndonos en su vida estímulos para seguir en pos de El, y sometiénose también como víctima a los castigos que nos desalientan para seguirles? Porque si es imposible llegar hasta el bien purísimo y sumo sin un amor pleno y perfecto, y esto no es posible en tanto que arredran los males del cuerpo y los sucesos adversos, Cristo, con su nacimiento admirable y su vida laboriosa, ganó nuestro amor; y su muerte y su resurrección disipó nuestro temor. En todas sus obras se mostró de tal manera que nos fuera posible conocer hasta dónde se extiende su divina clemencia y hasta dónde podía ser elevada la debilidad humana” (La utilidad de creer 15, 33).

. La persona de Cristo y sus misterios es clave de interpretación de la Escritura porque él ha desvelado el Antiguo Testamento. Agustín quiere mostrar todo el valor del Antiguo Testamento y nos invita a que aprendamos a leerlo porque siempre está, como toda la Escritura, hablando de Cristo: “No es que Cristo remueva el Antiguo Testamento, sino que lo desvela, para que por medio de Cristo se haga inteligible y patente lo que sin luz permanecería en tinieblas y cerrado. A renglón seguido dice el propio Apóstol: *Mas cuando se vuelvan al Señor, será corrido el velo*. No dice que será removida la ley ni tampoco el Antiguo Testamento, como si encubrieran cosas inútiles, sino que la gracia del Señor descorrerá el velo que oculta las cosas provechosas Este es,

pues el modo de proceder de aquellos que con afán piadoso buscan el sentido de las sagradas Escrituras. Cuidadosamente se muestra la sucesión ordenada de las cosas, la razón de lo que se hace o se dice y la armonía admirable que hay entre uno y otro testamento, sin dejar una tilde que discorde del conjunto: tan patentes quedan los antitipos allí figurados, que las dificultades que se van resolviendo al filo de la interpretación obligan a reconocer la desdicha de quienes se atreven a censurarlas sin conocerlas” (La utilidad de la fe 3, 9).

Creo en el Espíritu Santo.

Aunque en este libro no se habla mucho del Espíritu Santo, pero sí se pone de relieve que es el que habla por medio de la Escritura: “Y si la defensa propia llevara a alguien a declarar culpable a autor de tanto prestigio, oí aunque acudiera a la retribución lograría conservar alumnos en su escuela. ¡Cuánto más benévolo deberíamos ser con estos libros, en que una tradición tan antigua como constante nos asegura que habla en ellos el Espíritu Santo!” (La utilidad de creer 6, 13).

Creo en la Iglesia.

Con relación a la Iglesia, el contenido de la fe resaltado en este libro contiene seis artículos:

. La Iglesia verdadera es una: “No hay duda de que debemos comenzar por la Iglesia católica, porque los cristianos son ya más numerosos que los judíos e idólatras juntos. Pero entre los mismos cristianos hay muchos herejes, y aunque todos desean ser tenidos por católicos y tildan de herejes a los demás, sin embargo, están todos acordes en que la Iglesia es una sola. Si se mira al mundo entero, sus adherentes son más numerosos que los de ninguna otra, y, según el testimonio de los que la conocen, la verdad es más pura en ella. Pero hay otra cuestión que se suscita a este propósito: la católica es una sola, y nos basta con saberlo” (La utilidad de creer 7, 19). Y se llama católica porque supera a todas en hermosura y excelencia: “Los poderes y dignidades de cualquier grado, todos se consagran con devoción a este culto; el nombre de esta religión supera a todos en hermosura y excelencia. ¿Qué inconveniente hay, pues, en que mediante una investigación piadosa y diligente se inquiera si es aquí donde tiene su asiento esa verdad, asiento que por necesidad ha de ser *conocido y guardado por unos pocos aun* cuando los pueblos todos le nieguen su simpatía y su calor?” (La utilidad de creer 7, 18).

. Mantiene su autoridad mediante la sucesión apostólica, se extiende por todo el mundo y es el único camino para la sabiduría y la salvación: “Con la ayuda de Dios y viendo su eficacia y sus frutos, ¿nos faltará decisión para recogernos en el regazo de su Iglesia, que ha mantenido su autoridad suprema, reconocida por todos los hombres y conservada por la serie de obispos que siguieron a los apóstoles, a pesar de los ataques de los herejes, y a la que han contribuido el dictamen mismo del pueblo, en parte la autoridad de los concilios y en parte la virtud espléndida de los milagros? Regatearle la primacía es un acto de impiedad suma o de arrogancia temeraria, porque si no hay otro camino que lleve a la sabiduría y a la salvación que la preparación de la razón por medio de la fe, ¿no es una ingratitud para con la asistencia y los socorros divinos resistir con tanto empeño a una autoridad que goza de tanta garantía? Y si toda disciplina, por fácil y trivial que sea, exige para ser asimilada un maestro que la aclare, ¿no será

temeridad grande rehusar conocer los libros de los divinos misterios de sus propios intérpretes y tratar de condenarlos sin conocerlos?” (La utilidad de creer 17, 35).

. Es maestra que enseña la verdadera fe, que ejerce una importante autoridad y que amaestra a los ignorantes: “Te será más fácil si obedeces gustoso los preceptos divinos, confirmados por autoridad tan importante como la de la Iglesia católica. Dios es la verdad; nadie puede en modo alguno ser sabio sin llegar a poseer la verdad; luego si el sabio está tan unido en espíritu a Dios que no puede haber entre ambos nada que los separe, no se puede negar que entre la necedad del hombre y la purísima verdad divina está como punto intermedio la sabiduría humana. El sabio, en cuanto lo permite la capacidad humana, imita a Dios; en cambio, el hombre ignorante, para que la imitación en él sea fructífera, no tiene otro modelo tan cercano como el sabio” (La utilidad de creer 15, 33).

. Prolonga y actualiza la obra de Cristo por medio de los milagros: “Si los hombres hubieran de seguirle sólo cuando convertía el agua en vino o—para no citar otros—cuando realizaba algún prodigio semejante, y no cuando enseñaba, en ese caso, o no se deben desestimar aquellas palabras: *Creed en Dios y creed en mi*, o hemos de tener por temerario al centurión, que se opuso a que viniera Cristo a su casa, creyendo que la enfermedad remitiría al solo mandato de El. Luego, al traernos la medicina que sanara la corrupción de nuestras costumbres, con milagros se ganó la autoridad, con la autoridad mereció la fe, con la fe congregó las muchedumbres, con las muchedumbres ganó la antigüedad, con la antigüedad robusteció la religión, que no han logrado destruir, ni siquiera parcialmente, las novedades, tan ineficaces como maliciosas, de los herejes ni los ataques violentos de los errores que de antiguo padecen los pueblos” (La utilidad de creer 14, 32).

. En ella existen muchos misterios, y son misterios todo lo que se refiere a la fe en Cristo, a los sacramentos y a la Iglesia. También tiene que ver con los misterios los dogmas y las verdades de fe y los ritos como se expresan esas verdades de fe. Para Agustín la Iglesia encierra grandes misterios que están sintetizados en el credo: “Voy a continuar ahora con el tema que me he propuesto, y con ánimo no de descubrirte la fe católica, sino de enseñar a escudriñar sus grandes misterios a los que sienten inquietud por sus almas, haciéndoles concebir la esperanza de copiosos frutos divinos y de llegar a poseer la verdad” (La utilidad de creer 7, 14). Abrazar estos misterios, creer en ellos es una delicia: “No encuentro haber creído otro testimonio humano que no sea la opinión robusta y la voz solemne de los pueblos y de las naciones que por todas partes han abrazado los misterios de la Iglesia católica. ¿Por qué no he de dirigirme preferentemente a éstos para saber lo que Cristo ha preceptuado, si ha sido la fuerza de su autoridad la que me ha llevado a creer que El ha preceptuado cosas buenas? ¿Habría de ser tú el que me aclarara mejor lo que dijo El, en cuya existencia pasada o presente no llegaría yo a creer, si la sumisión a la fe me hubiera de venir de ti? He creído—lo digo de nuevo— en la tradición que se funda y vigoriza en la difusión del consentimiento y en la antigüedad. Vosotros, por el contrario, sois tan escasos, tan sediciosos y tan sin tradición, que nadie duda de vuestra falta de autoridad” (La utilidad de creer 14, 31). Cristo es la clave para entender los misterios divinos, como ya sabemos: “Sin embargo, vemos que la historia, admitida por los mismos herejes, ofrece copiosos testimonios de que Cristo antes que nada y sobre todo deseó la fe en El, aun en los tiempos en que los hombres con quienes trataba no estaban en disposición de comprender los divinos misterios. ¿Qué significan tantos y tan grandes milagros, sino

que—según el testimonio del mismo Cristo—se hicieron para que creyeran en El? Por la fe arrastraba a los ignorantes; vosotros los lleváis con la razón. El clamaba que se creyera; vosotros gritáis. A los que creían El los colmaba de elogios; vosotros los censuráis” (La utilidad de creer 14, 32).

. Está difundida por todo el orbe y es reconocida por todos los pueblos: “Cree a los pueblos que dicen que debes creer en Cristo -me dirás— y aprende de nosotros su doctrina. ¿Por qué razón? Si aquéllos llegaran a faltar y no pudieran adoctrinarme, encuentro más fácil convencerme de que no debo creer en Cristo que pensar en aprender alguna cosa referente a Cristo por otro magisterio que el de aquellos por los que llegué a creer en Él. ¡Oh colmo de la confianza, o mejor, de la necedad! Yo te voy a enseñar la doctrina de Cristo, en quien crees. Y si no creyera en El, ¿podrías enseñarme nada de El? Pero es necesario—dices—que crea. ¿En virtud de vuestras razones? No, me dices; nosotros llevamos por la vía racional a los que creen en El. ¿Por qué he de creer en El? Porque la fama está bien justificada” (La utilidad de creer 14, 31). Es más fácil que tenga razón el género humano que uno en particular, aunque es verdad que la verdad no consiste en mayorías, de todas las maneras, es necesario estudiar e investigar las cosas: “Suponte que aun no hemos oído a nadie hablar de religión. La religión será para nosotros una cosa nueva, y lo será también la tarea que nos imponemos. Suponiendo que exista alguna religión, el primer paso habrá de ser—así lo creo yo—buscar a los que profesan esa religión. Pero si suponemos, además, que, entre esos hombres religiosos, unos opinan una cosa y otros otra, y que por la diversidad de opiniones tratan cada grupo de ellos de atraer a sí a todos los demás, y que entre todos sobresalen algunos por su fama y celebridad, que cunde casi por todo el mundo, surge un gran problema: conocer si están en posesión de la verdad. Para esto, ¿no sería preferible estudiarlos y conocerlos, para que, si por nuestra condición de hombres erramos, sea nuestro error el error de todo el género humano?” (La utilidad de creer 7, 15)

La antropología teológica.

Sobre el ser humano, el libro nos presenta dos artículos:

. Todo ser humano llega consigo un deseo de Dios enorme. El hombre quiere conocer a Dios. La inquietud y la búsqueda de la Verdad del mismo Agustín dan prueba de ello. Aquí quiere poner de relieve Agustín el argumento del deseo natural que no puede por menos de tener que ser saciado. Pero la búsqueda de Dios pone en circulación no sólo el aspecto intelectual sino también existencial y esto obliga a dar una serie de pasos para satisfacer la búsqueda, Agustín enumera: tener una mente suplicante que ruega a Dios, tener una vida ordenada, someterse a los grandes preceptos y una conduzca recta y buena: “Pero no olvides que ya son dos las veces que él cree proposiciones tuyas sin tener de ellas certeza; tú, en cambio, ni por una sola vez crees en los consejos de orden religioso que él te propone. Supongamos, no obstante, que las cosas son así y que con espíritu sincero te acercas para instruirte en religión; que eres de esos pocos que pueden aprehender las razones por las que se llega al conocimiento de la divinidad: ¿habría que negar la religión al resto de los hombres que no han sido favorecidos con un ingenio tan sereno, o es preciso llevarlos paso a paso, como por grados, hasta la cima de estos misterios? Claramente se ve qué sea más religioso, porque no puedes en modo alguno dar por bien hecho el que se rechace o se desdeñe a nadie que arda en deseos de cosa tan importante. ¿Piensas, acaso, que puede alguien llegar a la verdad pura si antes no lo cree posible, si su espíritu no es sencillo y se

purifica con un modo de vivir ordenado, sumiso a ciertos preceptos no menos necesarios que importantes? No hay duda de que es ésta tu opinión” (La utilidad de creer 10, 24).

Este apetito de verdad este deseo de conocer, tiene que seguir un ritmo y Agustín tiene claro que primero es creer y después entender. Si Dios no está en el hombre, el hombre no puede hacer nada: “Por agudo que sea su ingenio, sin la ayuda de Dios, no hace más que arrastrarse por el suelo; y Dios ayuda a los que, acuciados por la inquietud de llegar hasta El, sienten a la vez preocupación por el resto de los hombres. ¿No hay apoyo más firme para ir al cielo? Por lo que a mí respecta, este razonamiento se me impone; porque ¿cómo podré decir que no se debe creer sin conocimiento previo, si es totalmente imposible la amistad misma sin la fe en algunas cosas indemostrables por la razón, y si los mismos señores dan fe a los esclavos a su servicio sin desdoro de su dignidad? Dentro del ambiente religioso, ¿qué despropósito puede superar al de que el ministro de Dios crea en nuestras palabras, que le hablan de un ánimo sincero, y nosotros nos resistamos a creer en las suyas cuando nos mandan alguna cosa?” (La utilidad de creer 10, 24).

. Dios, a través del sentido interior de la conciencia, exhorta a ser buscado y a ser servido y la Iglesia es el camino para el encuentro con Dios. Lo que despierta este deseo de Dios es la belleza y es que a través de la belleza del mundo se despierta en el interior de la conciencia de los mejores hombres, el deseo de buscar a Dios y darle culto. Pero no todos son sensibles a esto. Por lo tanto, tiene que haber un camino común, más elemental y sencillo es este camino es la autoridad de la Iglesia, el creer, el camino de la fe: “Es ésta la autoridad más saludable, créeme, la que sostiene nuestro espíritu por encima de su morada terrena, la que hace cambiar el amor de este mundo por el amor a Dios verdadero; la única que estimula al caminante a marchar rápidamente hacia la sabiduría. Como no alcanzamos a captar las cosas en su pureza esencial, es una desgracia que la autoridad nos induzca a error, pero es aún mayor desdicha no sentir su impulso. Suponiendo que la Providencia divina no presidiera las cosas humanas, sería vana toda preocupación religiosa Pero si la hermosura de todas las cosas—pues es innegable que brota de una auténtica fuente de belleza—y no sé qué sentido interior estimulan a los espíritus mejor cultivados a buscar a Dios y a servirle pública y privadamente, hay que tener confianza en que Dios mismo ha instituido una autoridad que nos sirva como de escalón para elevarnos hasta El. Esta autoridad, prescindiendo de la razón en ella presupuesta, que, como ya se dijo, es muy difícil a los ignorantes captarla en su pureza, influye en nosotros de dos maneras: en parte por los milagros m parte por la multitud de los que la acatan y la siguen. Es innegable que ni unos ni otra son estrictamente necesarios al sabio; pero lo que ahora nos preocupa es llegar a ser sabios, es decir, poseer la verdad; posesión del todo inaccesible al espíritu mancillado” (La utilidad de creer 16, 34).

La Sagrada Escritura.

Agustín resalta en este libro la importancia que tiene la Sagrada Escritura en la fe de la Iglesia, en particular el Antiguo Testamento, con cuatro artículos:

. No condenar el Antiguo Testamento antes de conocerlo y dejarse guiar por maestros: “El conocimiento de Asper, de Anneo Cornuto, Donato y de muchísimos otros es necesario para conocer a cualquiera de aquéllos, cuyos versos son aplaudidos en

el teatro; tu te internas en esos libros, que, sea lo que sea, casi *todos* los hombres los tienen como ungidos de santidad y rebosantes de cosas divinas; entras en ellos sin guía, y te atreves a emitir tu opinión sin el asesoramiento de un maestro; y si te salen al paso pasajes que te parecen absurdos, te comportas como los necios: no reconoces la torpeza de tu ingenio y denuncias libros que acaso no pueden ser comprendidos por quienes tienen tus disposiciones. Debe buscarse en esos casos a alguien que sea piadoso y docto la vez, al menos con fama de tal, que con sus preceptos nos vuelvan mejores y más instruidos. ¿Que no es fácil dar con él? Se le busca con empeño. ¿Es que no hay ninguno en tu país? ¿Cuándo puede ser más útil el viajar?” (La utilidad de creer 7, 17). En otro momento dice: “Casi estaba deseando, con cierta esperanza, estudiar algunos de los pasajes de ese Antiguo Testamento, hacia los cuales teníamos aversión por lo que contra ellos nos habían dicho” (La utilidad de creer 8, 20).

. El Antiguo Testamento es palabra de Dios y contiene misterios a desvelar: “Tú sabes que los maniqueos, con sus ataques contra la fe católica, y particularmente con los desgarros que hacen en el Antiguo Testamento, alarman a los inexpertos, que ni saben cómo deben tomarse estas cosas ni cómo en las almas tiernas que abrevan aquí llegan los efectos de esa bebida hasta las zonas más íntimas y más alejadas. Hay allí, en el Antiguo Testamento, pasajes que chocan a los espíritus ignorantes y disipados—que son los más—, y cuya impugnación es fácil; su defensa, por el contrario, a causa de los misterios que allí se encierran, no tan fácil. Y los pocos que pueden hacerlo, por no gustarles tomar parte en las disputas públicas, pasan desapercibidos a todos los que no ponen gran empeño en dar con ellos” (La utilidad de creer 2, 4).

. El Antiguo Testamento, y toda la Escritura, ha de ser leída de cuatro maneras: “Se nos ofrece la Escritura santa desde un punto de vista histórico cuando en ella se nos instruye en lo que ha sido escrito o en lo que se ha realizado; y si no ha tenido realidad, se nos describe como si la hubiera tenido. Al punto de vista etiológico corresponde la explicación causal de por qué se han dicho o hecho algunas cosas. La demostración de que entre el Antiguo y Nuevo Testamento no existe contradicción pertenece al estudio analógico. La alegoría nos previene para que no tomemos a la letra todo lo que allí se nos dice, sino en sentido figurado” (La utilidad de creer 3, 5).

. La Escritura adquiere sentido desde Cristo y desde sus misterios, como ya hemos visto (cfr. La utilidad de creer 3, 9).

Además del contenido de la fe en este libro se habla también de la relación entre fe y razón e invita a creer porque, dice Agustín que creer no es algo malo, ni va contra la ley humana: “Todas las leves, divinas y humanas, autorizan la investigación de la fe católica; abrazarla y practicarla no va contra la ley humana, aunque no nos consta otro tanto de la ley divina, mientras erramos” (La utilidad de creer 7, 18). Para validar la necesidad de la fe, acude al ejemplo de Cristo: “Si negaran hasta el deber de creer en Cristo sin apoyo de razones de esta fe, no serían cristianos. Porque este reproche de irracionalidad también nos lo hacen los paganos, infundadamente, pero sin contradecirse ni entrar en oposición consigo mismos. ¿Quién toleraría que éstos se consideraran miembros de Cristo, defendiendo ellos que no deben los ignorantes creer nada de Dios si no se les exponen antes las razones claras para creer en El?” (La utilidad de creer 14, 32). De hecho la relación de amistad se funda en la creencia y la vida ordinaria no sería posible sin la fe entre los hombres (cfr. La utilidad de creer 10, 24).

Por otra parte el acto de creer implica fiarse de una autoridad y es que no es deshonroso seguir a los que mandan creer: “Tócanos ahora considerar qué razón existe para que no vayamos en pos de los que prometen guiarnos con la razón. Ya se ha declarado que no es deshonroso seguir a los que nos mandan creer; pero hay hombres, y no pocos, que piensan que acudir a los que prometen razones no sólo no implica deshonra, sino que es timbre de gloria; pero no es como dicen. Hay dos clases de hombres religiosos que son dignos de loa: aquellos que ya han encontrado la religión, y que es preciso tenerlos por dichosos; otros que la andan buscando con honda ansiedad y están muy bien orientados. Aquéllos están ya en su posesión; éstos caminan por donde es seguro que la hallarán” (La utilidad de creer 11, 25).

El acto de creer es un don de Dios, es Dios el que ayuda a creer y a tener fe: “Por lo cual, aunque no estoy en condiciones de poderte instruir, sin embargo, insisto en aconsejarte que, puesto que son muchos los que desean ser tenidos por sabios y no es fácil conocer si lo son, pidas a Dios con toda atención, con toda el alma, con gemidos y, si fuera posible, con lágrimas, que te libre de mal tan grande como es el error, si es que tienes en verdadera estima la vida feliz. Te será más fácil si obedeces gustoso los preceptos divinos, confirmados por autoridad tan importante como la de la Iglesia católica. Dios es la verdad” (La utilidad de creer 15, 33). Por otra parte agustín invita a Honorato a no desligar la fe de la propia vida. La vida ha de llevar a un encuentro más profundo de fe: “Porque creer sin razones cuando aun no estamos en condición de aprehenderlas, y preparar el espíritu por medio de la fe misma para recibir la semilla de la verdad, lo tengo no sólo por saludable, sino por necesario para que las almas enfermas puedan recobrar la salud” (La utilidad de creer 14, 31).

No hay que tener miedo a creer, es un elemento esencial de la experiencia humana y religiosa, sin la fe no hay posibilidad de relaciones interpersonales, pero el acto de fe no es ciego ni absurdo. Agustín ha querido despertar en Honorato, y en nosotros, la inquietud por las cosas grandes y divinas (cfr. La utilidad de creer 18, 36).